

## ARTICULO DE D. J. VALERA.

El lunes 23 del pasado, de nueve á diez de la noche, dió el Sr. D. Emilio Castelar su primera lección sobre la *Historia de la civilización durante los cinco primeros siglos del Cristianismo*, pues este es el verdadero título de sus lecciones, y no el que equivocadamente les habíamos dado.

Un taquígrafo recogía y anotaba aquellas elegantes palabras, y es de esperar que por este medio goce el público de ellas, pues, ó se habrán publicado ya, ó se publicarán sin duda en algunos periódicos. Esto nos ha hecho vacilar un tanto, y hasta nos ha inclinado á desistir del propósito que teníamos de dar cuenta de lo que dijese el Sr. Castelar, ya que habiendo de gozar el público de las propias palabras de este orador extraordinario, inútil es dar de ellas un pálido trasunto. Quien puede ver y admirar en toda su grandeza y con toda la gala y primor de sus colores los preciosos cuadros de Murillo, no se pone á estudiarlo en mala copia grabada, donde en escala menor, se reproducen solamente las sombras y los contornos. Mas considerando, por otra parte, que sobre las lecciones del Sr. Castelar, á juzgar por la primera que ya hemos oído, hay mucho que decir, y que acaso lo que digamos no sea del todo fuera de propósito, nos ha parecido conveniente, mas bien que extractarlas, examinarlas.

Empezaremos, pues, por confesar humildemente que nos es imposible trasladar aquí, ni aun siquiera dar la idea mas remota de la riqueza del estilo, de la pompa de las imágenes, de la facilidad admirable y del vuelo de la fantasía del Sr. Castelar. El que no le haya oído será menester que allá en su imaginación se le finja y represente, inspirado por el auditorio é inspirándole y entusiasmándole á su vez, mas irónico que didáctico, mas arrebatador que persuasivo, mas que ordena

do florido y grandilocuente, levantándose al estilo sublime, desde que llama la atención del público con la palabra *señores*, y no decayendo nunca ni abatiendo el vuelo hasta que termina su discurso de una hora.

El Sr. Castelar, habla como Horacio nos pinta que cantaba Píndaro; y no deja entrever el esfuerzo de la reflexión y el trabajo interior del pensamiento que precede ó debe preceder á la emisión de la palabra humana. Esta brota de sus labios rica, fácil, sonora, abundante y llena de color y de vida, como un espíritu que va á animar y á encender su entusiasmo en los corazones, y á transmitir sus ideas á la mente maravillada y suspensa de cuantos escuchan. No es quien habla el Sr. Castelar: es el genio de la elocuencia quien habla por su boca. No vacila, no medita, no se detiene, y la palabra corre y se desprende de sus labios como un raudal. ¡Qué poesía y qué fuego en cuanto dice! ¡De qué forma y figuras tan variadas y galanas reviste y hermosea su pensamiento! ¡Qué diversidad de medios tonos en el mismo tono inspirado y enfático de que nunca desciende!

Nosotros, sin embargo, aunque nos dejamos llevar del entusiasmo que inspira, reflexionando despues friamente, no podemos ménos de lamentar algunos de los medios de que se vale para infundirle en los ánimos. Y lo lamentamos por lo mismo que la primera consecuencia de nuestra reflexión es la seguridad de que el Sr. Castelar puede ser un gran filósofo y un gran sabio; puede aspirar á una fama europea y hacer que resuene su nombre tan alto y tan claro como los de aquellos que no solo son gloria de su nación y de su época, sino de la humanidad entera y de todos los siglos. Lo lamentamos, porque el Sr. Castelar, que podría aspirar á ser un Herder ó un Vico, no debe contentarse con ser un López ó un Argüelles. Y lo lamentamos, en fin, porque el Sr. Castelar aspira á esto tan solo, embriagado con los fáciles, aunque limitados y efímeros aplausos que alcanza ahora, y cegado quizás por su mucha modestia.

Con este propósito de lisonjear el mal gusto reinante, llena sus discursos de adornos supérfluos, mas orientales que clásicos; y á pesar del amor que muestra tener á la hermosura griega, no se conoce que procure imitarla ó renovarla en su admirable sencillez, que no escluía por cierto el arrebató de la pasión, y la poesía templada y serena que cabe en la elocuencia; poesía en prosa muy diferente de aquella de la que dijo Kant que era *prosa en delirio*. Platon era un poeta en prosa; en su tiempo eran los pueblos mas jóvenes y debían complacerse mas en símbolos y figuras, y sin embargo, no hayen todas las obras

de Platon tantas *alas nacaradas*, tantas *perlas*, tantas *flores* y tantos *capullos*, tantas imágenes, en fin, como en el solo discurso que oímos al señor Castelar el lunes 23 del pasado.

Si todos estos primores fuesen malos, irremediamente malos; si el señor Castelar fuese lo que ahora llaman una *medianía*, dotado del don de expresarse con facilidad, y un erudito de varia y profunda lectura, y si el público le aplaudiese sin mas razón que la de estar viciado por el mal gusto, en verdad que no le censurariamos. El edificio de su fama, fundado sobre tan frágiles cimientos, vendría á tierra al cabo por su propia pesadumbre, sin necesidad de que nosotros le aplicásemos la palanca de la crítica para derribarle. ¿Qué propósito nos llevaríamos por consiguiente en indisponernos con el señor Castelar y con el público, que tan bien le quiere? Mas como creemos que el público tiene razón, y sobrada razón en aplaudirle, si bien esta razón no sea siempre la misma que nosotros tenemos; como estamos persuadidos de que sin menoscabar sus facultades, que son portentosas, podría el señor Castelar dirigirlas á un fin mejor y mas elevado; y como le hacemos responsable del mal uso que pueda hacer de ellas, ya que Dios se las dió no solo para acrecentamiento de su fama, sino para gloria y bien de los demás hombres, por eso censuramos que se deje llevar de fáciles aplausos, y tememos que si persevera en la resolución que hoy sigue, venga á ser el *Zorrilla* de la elocuencia, ya que lo peor que puede ser un hombre como él, es lo que el vulgo de sus semejantes, y aun el que tiene la audacia de criticarle en el presente artículo envidiaría sin duda alguna. Si esto sucede por desgracia, sentiremos que digan de los discursos del señor Castelar lo que dijo un crítico extranjero del poema *Granada*, poema lleno de gigantescas flores retóricas, pero con poquísimo plan y concierto en todo. Dijo, pues, el crítico, no sabiendo cómo calificar aquel libro de tan desbaratada poesía, que para formar idea de él era necesario saber exactamente la significación de lo que llaman los españoles *Música celestial*, porque *música celestial* y no otra cosa era el poema.

Nadie imagine, con todo, que acusamos al señor Castelar de vacío de sentido: ¿ni cómo acusarle sin contradicción, cuando hemos dicho que vemos en él una naturaleza privilegiada, de la cual puede salir un gran sabio? Ni nadie entienda tampoco que le acusamos de indeciso, porque ¿quién en nuestro siglo tiene ideas fijas á los veinte y cinco años de edad? De lo que le acusamos es de confuso y vago; de ocultar su incertidumbre en esa vaguedad y confusión, y de tratar de

conciliar las diversas ó irreconciliables opiniones que combaten aún por la posesion de su alma, envolviéndolas todas como en una nube de oro. Elegir una opinion, la mas á propósito para el público español, y defenderla sin fé por defender algo, seria una hipocresía, y celebramos que el señor Castelar no la tenga, dándonos con esta ingenuidad una prueba mas de lo mucho que vale. Pero mas celebrariamos que espusiese sus dudas con franqueza, ó que hubiese elegido asunto en que no las tuviese, ó que ántes de subir á la cátedra las hubiese aclarado en su mente, trazando y levantando, no sobre suelo movedizo, sino sobre roca firme y segura, la hermosa é imperecedera fábrica de su *Historia*. Entonces nos pareceria al oírle, ya que oímos un fragmento de la *Profesion de fé del Siglo XIX*, ó de otro ditirambo neo-hegeliano, ya que oímos un discurso de Ozanou, de Augusto Nicolás ó de Genoude. Y no se diga que esta contradiccion se podrá resolver en una síntesis suprema; porque lo completamente contradictorio es imposible que se resuelva sino en lo absurdo, y lo absurdo no puede entrar en un entendimiento tan sano como el del señor Castelar.

En su primera leccion quiso este trazarnos el plan que se propone seguir en el curso de todas ellas. Su idea, sin duda, es describir y esplicar la caída del imperio romano y de la sociedad antigua, y el nacimiento de la nueva, fundada en los tres elementos distintos que vienen á combinarse en aquella revolucion magnífica y espantosa: el cristianismo, el imperio y los bárbaros. El señor Castelar nos mostrará á Cristo afirmando, con su sangre y sus milagros, la verdad de su doctrina, doctrina perfecta desde luego, así en lo moral como en lo dogmático. El misterio de la Trinidad, la Encarnacion del Verbo, el Mesías, no nacional como los judíos por la mayor parte le esperaban, sino venido á salvar y á redimir a las gentes, todo debe ser creído en el seno de la Iglesia primitiva, ortodoxa y católica, y no ser esta creencia un acto progresivo de la Iglesia, que va trasfigurando á Jesus creándole á semejanza de su ideal y revistiéndole, por una interna y psicológica evolucion, de la naturaleza divina. Pero si constituirá el progreso histórico de estos cinco primeros siglos, la propagacion del dogma y de la moral por una parte, y por otra la determinacion y solemne declaracion de ese dogma en los concilios y en los escritos de los santos padres. Mas esta misma obra no es en realidad, para un católico, de verdadero progreso; sino de conservacion y defensa, ya que implica la oposicion y el extravío de los herejes y el esfuerzo de los doctores católicos para conservar el dogma en toda su pureza.

El señor Castelar se empeña en un inmenso asunto, y deberá describirnos desde la predicacion de los apóstoles hasta la de San Patricio en Irlanda, la de San Paladio en Escocia y la de Ulfilas entre los godos, á quienes llevó la verdadera fé, la civilizacion y las letras. El señor Castelar tendrá que dar razon de todas las heregias y de la refutacion de ellas, desde las que nacieron casi al pié del Calvario al morir en él el Redentor de los hombres, hasta las de Arrio, Nestorio, Eutiques, y Pelagio. Tendrá que analizar las grandes producciones de la filosofia cristiana, las obras de los padres de la Iglesia de Oriente: de los Crisóstomos, Basilio y Gregorios, y la de los padres de la Iglesia latina, de los Gerónimos y Agustinos; y habrá de reproducir la crítica que hicieron estos del paganismo y de la sociedad antigua, y dar á conocer cómo concurrieron á acabar con ella, levantando sobre su ruina la nueva sociedad y la Iglesia. Habrá de pintar vivamente la discordia nacida en el seno mismo de la sociedad cristiana á causa de las heregias, discordia que ya daba origen á obras literarias y filosóficas, unas defendiendo, otras oponiéndose á la verdadera fé; y á sangrientos combates, á guerras civiles, á hechos heroicos, á actos de fanática barbarie, á milagros de humildad, de constancia y de energía, y á inauditas y abominables crueldades. Habrá de seguir á la Iglesia desde el Calvario hasta el Capitolio; desde las catacumbas y el circo, hasta que apareció el Lábarum en el cielo, contarnos el martirio de sus confesores, las apologias de sus defensores y los triunfos de sus apóstoles. Volviendo la vista al mismo tiempo al imperio que se desmorona, á los dioses que huyen, á la filosofia pagana que sucumbe, á la antigua sociedad que se disuelve, habrá de investigar las causas de tan extraordinarios acontecimientos, y retratarnos la corrupcion y la grandeza de Roma, las iniquidades de sus Nerones y Caligulas, y las admirables virtudes de sus Trajanos, Antoninos y Alejandro Severos, en los cuales, si no la fé, la moral cristiana obraba ya sus milagros. Tendrá que referir los esfuerzos de los gentiles para sostener la sociedad que se desploma con sus antiguas creencias y para impugnar la religion naciente, y tendrá que explicarnos y refutar las doctrinas de Celso, de Porfirio, de Plotino y de tantos otros sabios gentiles. Nos presentará tambien el amor á lo maravilloso, y el misticismo desesperado de la verdad nacida de la razon, renegando del discurso y apelando á la magia y á la teurgia, levantándose en el aire con Simon el Mago, resucitando los muertos con Apolonio, evocando á los genios invisibles con Jámblico y uniéndolos

dese con ellos por medio de mágicos conjuros, y el disgusto del mundo y el horror de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; que si produce unido al catolicismo las sobrenaturales virtudes de los Pablos y los Antonios, de los Pacomios y los Hilariones, engendra en las sectas heréticas el furor del martirio, y lleva á unos á buscar la muerte amenazando con ella á quien no los mate, y á otros á renovar con mas frecuencia y ferocidad que nunca las mutilaciones horribles de los Córibantes. La confusion en tanto y las mal formadas amalgamas de religiones y creencias, venidas las unas de la India, de la Persia otras, y otras nacidas en la Grecia, en el Egipto y en la Siria, fermentan en el imperio, y dan sér y vida, ya á la sublime constancia de Epiteco, y ya á la endemoniada locura y á la no ménos sublime inconstancia de Peregrino, que pasa por todas las sectas, que se inicia y reniega sucesivamente de todas las religiones y acaba por quemarse vivo por su propia voluntad en los juegos olímpicos y delante de toda la Grecia. Junto á la hoguera de Peregrino oiremos las burlonas carcajadas de Luciano, y al par de las oraciones santísimas de los solitarios de la Tebaida, los gritos feroces de los asesinos de la hija de Theen. La fraternidad humana habrá sido, sin embargo, proclamada en el mundo por tan clara é inaudita manera, que la falta misma de antecedentes históricos mostrará palpablemente el origen divino y revelado de tan nueva doctrina. Y esta doctrina modificará el derecho, y hará mejor la condicion del esclavo, de la mujer y del hijo, y ciudadanos de la misma ciudad de Dios al persa y al griego, al romano y al godo. El antiguo órden de la sociedad caerá por tierra para dar lugar á otro nuevo órden: en el mismo momento temeroso en que verá la humanidad sepultarse para siempre una gran civilizaci6n, despuntará la aurora de otra mas grande: y si los magníficos templos serán arrasados y rotas las estátuas hermosísimas, el monge Telémaco pondrá término con su martirio á los combates de los gladiadores. Entre tanto los bárbaros del Norte, empujados los unos por los otros desde la frontera de la China, y guiados como por un destino misterioso, se precipitan y caen sobre el imperio romano; le destruyen, y cruzando su raza vigorosa con la raza gastada por la antigua civilizaci6n, engendran las modernas naciones europeas, dominadoras del mundo. Aun antes de salir de las sombrías selvas de Germania y de las llanuras desiertas de la Scitia, el agua del bautismo habia templado en muchos de estos bárbaros el ardor rudo de la sangre y la nativa crueldad de la naturaleza. La pintura que hizo de aquellos pueblos

el señor Castelar, ya siguiendo á Tácito ya á Jornandez, ya á los poetas é historiadores latinos de la misma edad, los cuales lo miraron y describieron con la viveza y con la poesía del espanto, fué un trozo de elocuencia, bello, sublime y acabado. El público le aplaudió con legítimo entusiasmo, y nosotros le aplaudimos ent6nces y ahora le aplaudimos, porque la pompa de las palabras, la riqueza de las imágenes y el fuego de la expresi6n se ajustaban allí con la terrible majestad del asunto.

Pero como ya hemos dicho, y mas claramente se desprende del rápido bosquejo que acabamos de hacer, es tan grande, tan complicado y tan fecundo en cuestiones de la mayor entidad y trascendencia el plan que el señor Castelar se propone seguir en el curso de sus lecciones, que miétras mas le reflexionamos, nos parece mas ardua la empresa y mas difícil el darle dignamente cima en las 24 lecciones que podrá tener el año académico del Ateneo. Suplicamos, pues, á señor Castelar que dé á este asunto todo el espacio y el estudio que requiere; que si no puede, como no podrá, tratarle en un año ó en dos, que le trate en cinco ó en seis; que se limite en el presente á explicar nos la historia del primer siglo; que estudie con detencion toda la semana ántes de presentarse á explicar; que suprima imágenes y acumule ideas y hechos que vengan en apoyo de estas ideas, y que resuelva con valor, con originalidad, y firme y decididamente, aunque despues de un profundo exámen, todas las cuestiones que brotarán á cada paso de esas ideas y de esos hechos, conforme los vaya esponiendo á su auditorio. Ent6nces creeremos que el señor Castelar hará no una serie de odas en prosa, sino una grande obra de ensefianza, de lo cual es muy capaz, si la impaciencia y la desidia no lo impiden.

Para nosotros no vale el argumento de que en este siglo se vive muy de prisa. Esta es una de esas muchas sentencias falsas ó sin sentido, que á fuerza de repetirlas llegan en el día á pasar por axiomas. En nuestro siglo se vive tan despacio como en cualquiera otro, y por lo mismo que hay mas medios y facilidad de aprender, y mucho escrito, sobre todo, se puede y se debe exigir del que ensefia que estudie y medite concienzudamente, y que si no dice algo nuevo, diga a ménos, refutando las opiniones contrarias, terminante y despejadamente la suya.

Así demostrará el señor Castelar con la misma portentosa elocuencia, pero con mas claridad y órden que en la primera leccion, que el cristianismo, lejos de ser contrario al progreso humano, es causa eficaz

sísima de este progreso, que singularmente efectúan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fé. Hizo notar el señor Castelar que entre los antiguos pueblos no hubo esta idea de progreso, esto es, no se tenía conciencia de él; mas no probó que el cristianismo viniese á darnos esa conciencia. Obra ha sido esta de la reflexion y de la moderna filosofía; y la doctrina que de ella ha dimanado no se ha de creer que se funde en la revelacion, por huir del extremo de los que suponen que de todo punto es contraria á ella. Nuestro Señor Jesucristo dijo, á la verdad, en el sermón de la montaña: *Sed perfectos como vuestro Padre, que está en el cielo;* pero se dirigia al individuo, al hombre interior, y no hablaba de la sociedad entera y del progreso que material y esteriormente puede hacer esta realizándose de un modo mas ó ménos imperfecto en este *valle de lágrimas*. El fin de la perfeccion que Cristo proponia á los hombres está fuera de este mundo. El fin del progreso moderno está en el mundo mismo. La aspiracion que Cristo hacia nacer en los corazones era una aspiracion infinita. La aspiracion del progreso moderno, cuando es infinita tambien, está en oposicion con la doctrina de Cristo, y no ya los neocatólicos, sino los católicos, deben reprobarla. Al morir Cristo, murió con él el viejo Adam, y nació un Adam nuevo, lo cual ha de entenderse en sentido místico, como San Pablo lo entendia. Progreso vale tanto como ir de la imperfeccion á la perfeccion, y mal podia ser progresiva en su esencia una doctrina que desde luego era perfecta y por consiguiente incapaz de progresar y de mejorarse. Ni aun suponiendo que el progreso estaba en la propagacion de esta doctrina por todas las naciones, se ha de suponer que se equipare y univoque con el progreso, tal como se entiende ahora. Si el Señor dijo *Ite et docete omnes gentes*, no fué con el propósito de que instruyesen los apóstoles al mundo y le preparasen para fundar la nueva Jerusalem en la tierra, sino para que hiciesen de modo que al dejar la tierra esas gentes pudiesen ser en el cielo ciudadanos de la nueva Jerusalem: por eso el profeta Isaías llamó á Cristo *Padre del siglo futuro*.

Pero como el cristianismo es un gran elemento civilizador, aun prescindiendo de su poder sobrenatural, y á un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán mas dichosos, si bien no puede deducirse de aquí que el cristianismo fuese en los primeros tiempos causa conocida de progreso. El fervor de los cristianos no se avenia, ni debia avenirse, con el pensamiento de hacer una religion tan espiritual y tan mística, y de un Dios, cuyo reino no era de este mundo, instru-

mento del desarrollo, de la prosperidad y de la grandeza humana en este mundo mismo. En resolucion, ni los cristianos de los cinco primeros siglos, ni los cristianos de muchos siglos despues, ni aun los cristianos de ahora, fueron ni son progresistas (por el hecho de ser cristianos). Tal vez los gentiles fuesen mas deliberadamente progresistas, porque pensando mucho en esta vida, y poco en la otra, se debian inclinar á hacerla mejor, y del deseo de lograrlo habia de nacer en ellos la creencia de que lo lograban. Sin embargo, así como la idea de la inocencia primera, de la primera culpa y de la edad patriarcal limita entre los cristianos la doctrina del progreso, así la limitaba entre los gentiles la idea de la edad de oro, no pudiendo decir en un raptó lírico el mas progresista de ellos sino

*Iam redit et virgo, redeunt Saturnis regna.*

Puede sostenerse, con todo, que la doctrina del progreso, con tal de que éste se encierre dentro de los límites de la decaída é imperfecta naturaleza del hombre, y no se prolongue el modo infinito en que algunos le entienden, ya que no se apoye en el cristianismo, no le repugna tampoco.

Aun muchos racionalistas del día, siendo liberales, niegan el progreso, y ven en los pueblos bárbaros ó selváticos, no el germen de una civilizacion futura, sino la degradacion ó el olvido de una civilizacion pasada. El sábio Bailly imaginó un pueblo primitivo civilizado en el Norte del Asia: no pocos historiadores y etnógrafos modernos suponen una nacion misteriosa, que allá en los tiempos ante-históricos vivió en las faldas del Himalaya, y que tenia una intuicion clarísima de las verdades divinas y humanas, las cuales propagó despues y difundió por todo el mundo en diferentes y consecutivas emigraciones: Salverte prestó á los pelasgos y á las naciones antiquísimas del Oriente, extraordinarios conocimientos, que se perdieron entre el vulgo y dieron luego origen á las ciencias ocultas y á los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eleusis; y los escritores gentiles nos hablan con asombro de la cultura moral é intelectual de los habitantes de la Atlantida, de los turdetanos y de los hiperbóreos. Zalmoxis era geta, scita Abaris, y tracio Orfeo. En los poemas que se conservan de los bárbaros que vinieron del Norte á acabar con el imperio romano, en el Edda y en el Kalewala, se notan, al traves de mil fábulas, monstruosas por la forma, una razon filosófica y una doctrina trascordada, como recuerdo confuso y oscuras tradiciones de una época luminosa. Y quizás sea

mas verosímil atribuir el fundamento de estas fábulas, y el de las griegas y orientales, á vagas reminiscencias de ideas de otra edad que á presentimiento instintivo de futuras y mas levantadas ideas. En todo lo cual hallan razones y argumentos los modernos apologistas del cristianismo para defender la creencia de una revelacion primitiva.

Nada mas diremos de la primera leccion del señor Castelar, que no hemos leído, sino oído solamente. Las lecciones que en lo sucesivo vaya dando las examinaremos con mayor cuidado, y nos aprovecharemos para ello de su publicacion, si es que se publican íntegras en algun periódico. Nos complacemos en esperar que no serán dignas de censura, porque el señor Castelar tiene buen deseo, y solo de su buen deseo depende el que sean tales sus lecciones, que no baste á encarecerlas nuestra alabanza.

## ARTICULO DE D. E. CASTELAR.

Las lecciones que sobre *Historia de la civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo* he tenido la honra de pronunciar en el Ateneo, han dado lugar á que un distinguido escritor de selecta erudicion, de fácil y galano estilo, de grandes y profundos pensamientos, manifieste en las columnas de *El Estado* el juicio que le merecen mis escasas dotes literarias y la doctrina vertida en mi enseñanza. De mi persona no hay para qué ocupar la atencion del público; he sido tratado por el señor V... mejor de lo que merezco; y sus palabras, y sus sanos consejos, y sus luminosas advertencias me obligan á verdadero, á leal agradecimiento.

Pero si de mi persona puedo prescindir, no puedo prescindir de mi doctrina, á cuya defensa me mueve la severa voz de mi conciencia. Y de mi doctrina debo defender el pensamiento que estimo fundamental: la armonía del cristianismo y del progreso. En mi corazon, en mi conciencia y en mi vida práctica, presto culto á la libertad, esencia misteriosa del alma; á la igualdad, condicion de todo derecho; al progreso, que va rompiendo las ligaduras que atan al hombre á la materia; y presto culto tambien, todavía mas puro y mas acendrado, al cristianismo, lluvia benéfica venida del cielo para fecundar todas las grandes ideas; espíritu divino que se cierne sobre nuestra civilizacion, que no la abandonará nunca, segun las promesas del Eterno.

Esta creencia mia, que todos conocen, debe hoy ser mas que nunca inculcada; porque vivimos en tiempos tristísimos, que han visto nacer una escuela, cuyos maestros pretenden resucitar el absolutismo, juzgado ya por la historia y condenado por la Providencia, encubriéndolo